Escrito por: granamigo

Resumen:

Fátima era de religión musulmana, tenía 17 años y estudiaba bachillerato.

Relato:

Fátima era de religión musulmana, tenía 17 años y estudiaba bachillerato. Era de mediana estatura, unos 170 cm, tenía un hermoso rostro, pero su pelo estaba cubierto por el pañuelo que usaba regularmente. Era muy apreciada y sus calificaciones eran de buenas a muy buenas en todos los ámbitos. Un día se paró frente a mí y empezó a llorar.
„Fatima, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? Sus sollozos hacían que sus palabras fueran indistintas. Entre lágrimas me confesó que su padre insistía en casarla con un hombre mayor de su país. Él era rico, tenía varios negocios en su país, pero ella no lo amaba y probablemente no podría soportarlo. Además, estaba casado con otras dos mujeres, lo que es posible en el Islam.
Le dije que podía entenderla, pero que no tenía ni idea de lo que se podía hacer. „Habla con tu padre, dile que no quieres“, le dije. Pero ella negó con la cabeza.
„Ya lo intenté, pero él insiste porque lo prometió al hombre. Mi madre también lo intentó, pero él insiste.“ Fatima no paraba de llorar. „Él dice que a mi edad debía tener ya hijos".
La abracé y le dije: „Mira, tal vez no soy la persona adecuada para hablar sobre este tema, no conozco las costumbres y tradiciones musulmanas. Tengo que pensar a quién podrías pedirle ayuda.“
Ella se arrojó sobre mi pecho y me suplicó que la ayudara. „Por favor, señor Antonio, usted es el Director, ayúdeme, no sé qué hacer, si no encuentro una salida me mataré“. Entonces la abracé más fuerte y le susurré: „Fátima, ni siquiera deben pensar eso. Prometo que le preguntaré a algunas personas cómo ayudarte”.
El lunes era un día caluroso y cuando vi a Fátima, que se había quitado el abrigo y pañuelo, me di cuenta de que vestía jeans y un suéter negro, zapatillas deportivas y su cabello negro oscuro, casi azulado.
Cuando tocó el timbre de la última hora de clase, despedí a todos los alumnos. Cuando Fátima estaba a punto de salir, le dije: „Fatima, esperara un momento, me gustaría discutir algo contigo.“ Cuando se acercó, vi por primera vez su verdadera belleza. Era una foto de las mil y una noches.
Su cabello llegaba muy por debajo de su trasero. Sus pechos tenían un tamaño considerable, y sus jeans realmente mostraban su trasero sexy. Tuve que tragar. „Por favor, ven conmigo, tengo que decirte algo confidencial“, y nos fuimos a mi oficina.
Una vez dentro le dije: „Fátima, hablé con una amiga que tiene una amiga exmusulmana, y ella me dijo que había una posibilidad para ti.“
Ella me miró con un brillo en los ojos. „Por favor, discúlpame por la pregunta que te voy a hacer, es bastante privada, pero tú me pediste ayuda. ¿Sigues siendo virgen?" Los hermosos ojos de Fátima se

abrieron, pero contestó sin vacilar: „Sí, por supuesto, ¿qué piensa de mí?“, dijo en voz alta.
„Yo no pienso nada. Bueno, el consejo que me dio mi amiga es que, si no fueras virgen, entonces es posible que puedas evitar la boda. Algunos musulmanes muy conservadores se distancian de su petición porque eres impura a sus ojos”.
„No… eso no lo haré. Yo quiero encontrar a un hombre al que realmente pueda amar y que me ame”. Me encogí de hombros con impotencia.
„Esto es lo único que puedo hacer por ti en este momento, Fatima, solo quería decírtelo“. Salimos de mi despacho después de que Fátima se hubiera secado las lágrimas.
El miércoles después de las clases, Fatima se acercó a mí y me preguntó si tenía tiempo para ella. Asentí con la cabeza. „Sí, por supuesto, ¿qué pregunta tienes?“
„¿Podemos discutir esto en su oficina?, me dijo. Fuimos a mi oficina, luego me senté detrás del escritorio y le hice señas a Fátima para que se sentara en la silla frente a mí. Pero ella se quedó de pie, me miró y dijo: „He estado pensando en sus palabras, y bien, puede ser que su consejo sea el único que me ayude después de todo". Se quitó el pañuelo de la cabeza, abrió el abrigo y, mientras este se deslizaba de los hombros, dijo: „Me gustaría que fuera usted el hombre que me quitara la virginidad“. La vi de pie frente a mí, solo en ropa interior. Una joven magnífica, una joven con la que todos, repito, todos los hombres, tienen inmediatamente pensamientos eróticos. ¡Realmente era una princesa de las mil y una noches!
„¡Fátima, vístete de nuevo inmediatamente! ¿Qué haces? Eres mi alumna. Puedo perder mi trabajo. ¡Por favor, vístete de nuevo de inmediato, antes que alguien nos vea!“
Se acercó a mí y se inclinó hacia delante, viendo sus grandes pechos, firmes y protuberantes, y su piel clara. Luego me besó tiernamente en la boca y dijo: "Pero no tengo a nadie más a quien pedirle el favor. Por favor, ayúdeme, por favor, no quiero casarme con ese viejo repugnante”.
Tuve que tragar. “Fátima, no es tan fácil como crees, me estoy jugando mi futuro”, le dije mientras tragaba saliva.
“Usted es el único en el que confío, y es solo una vez”.
“¿Y cómo se supone que vas a hacer después?”, pregunté.
Entonces Fátima me dijo: "Voy a confesarle a mi madre que ya no soy virgen y que tiene que decírselo a mi padre. Mi padre me echará de casa, pero no me importa; el caso es que no tengo que casarme con ese hombre”.
„Tengo que pensarlo, esto puede tener consecuencias muy graves. Si eso sale, entonces estoy acabado. Por favor, Fátima, vete ahora, tengo que pensar”.
Se volvió a poner el abrigo largo, se enderezó el pañuelo y salió de mi oficina llorando. Estaba en un aprieto; por un lado yo quería ayudarla y claro que quería acostarme con esta diosa, pero por otro lado ponía en riesgo todo por lo que había trabajado.
Los próximos días transcurrieron con bastante normalidad. Cada día al final tenía gotas de sudor en la frente por si Fátima volvería a mí, pero los días pasaron sin decir una palabra.
Después de unos cinco días, cuando todos se fueron al final del

curso, vi a Fátima sentada en silencio en su silla. La miré inquisitivamente. „¿Tienes algo que decirme?“, le pregunté. Ella asintió y dijo en voz alta: „En 10 semanas me casaré, y es su culpa!“ „Fátima, lo siento mucho por ti, pero...“. Volvió a llorar. Su llanto era desgarrador. Me acerqué a ella y le acaricié el brazo. „Vamos, vámonos“, le dije.
Ella siguió llorando mientras salía de la clase. De camino a la puerta, me escuché decirle. „Esta bien… el viernes después de las clases, en mi oficina". Vino hacia mí, me echó los brazos al cuello y quiso besarme, pero me negué.
„Fátima, ay de ti si se lo cuentas a alguien.“ Ya me arrepentía de lo que había dicho.
El viernes a las 16.00 fui a mi oficina. Estaba incómodo; pensé en cómo podría convencerla de no seguir con nuestro plan. Qué idiota y estúpido fui por hacer tal promesa. Estaba poniendo algunos papeles en el armario, cuando escuché un golpe suave en la puerta. Fátima entró en mi despacho y me sonrió seductoramente.
Vestía su ropa habitual y se acercó a mí. „Gracia, usted es el único en el que confío“. Tragué saliva.
En ese momento sus labios tocaron los míos y luego nos besamos por primera vez. Al principio con cautela y timidez, luego se volvió más exigente y su lengua jugó con la mía.
„Hmm“, dije sin aliento, „no eres completamente inexperta cuando se trata de besar“. Ella asintió.
Lentamente volvió a abrir su abrigo y se quitó también el pañuelo en la cabeza. „Vamos, vayamos al sofá", dije algo confuso. Caminaba delante de mí y sus movimientos eran muy provocativos. Su culo firme en las bragas muy ajustadas era un festín para mis ojos.
Una vez allí, abrí el cierre del sujetador y se lo quité. Le di la vuelta y entonces vi sus pechos realmente hermosos y apretados. Sus pezones ya estaban duros e, inmediatamente, agarré un pecho y lamí cuidadosamente el pezón. Ella gimió. Luego dirigí mi atención al otro seno; sus tetas eran perfectas.
„¿Qué tengo que hacer?“, me preguntó. Abrí la cremallera de mis pantalones y dejé que se deslizaran hacia abajo; luego me quité el bóxer y llevé su mano a mi erguido miembro. No es de extrañar ante semejante espectáculo.
„Masajea un poco mi polla“, le dije. Empezó con caricias ligeras, mientras amasaba sus pechos y chupaba sus pezones. Fátima estaba ahora realmente excitada. Ella gimió suavemente y masturbaba mi polla dura.
„Espera un momento“, le dije, „será mejor que cerremos con llave para que no recibamos un visitante no invitado". Caminé hacia la puerta con mi polla rígida y la cerré rápidamente.
Una vez de vuelta le dije. „Quítate las bragas, quiero ver tu paraíso“. Algo avergonzada, sacó su magnífico trasero de sus bragas e inmediatamente cubrió su triángulo con las manos. Me acerqué a ella y le di la vuelta. Me agaché y planté suavemente besos en sus mejillas regordetas del culo; luego separé sus mejillas y eché un vistazo a su coño. ¡Estaba excitada! Sus labios brillaban de humedad. Se me hizo la boca agua. Una joven tan hermosa con esta figura, que era fabulosa.
„Túmbate en el sofá“, le susurré y Fátima se acostó con los muslos

cerrados. Le dije que se relajara, que no haría nada que no quisiera hacer o que le hiciera daño. Ella asintió en silencio.
„Abre un poco las piernas“, dije en voz baja y acaricié suavemente sus pechos. Ella obedeció y entonces le quité las manos del regazo. Con mucha calma, le dije: „Te voy a tocar ahí abajo ahora; si no te gusta, entonces lo dices y nos detenemos“. De nuevo, solo un asentimiento silencioso. Acaricié suavemente su vientre, toqué su zona púbica con mucho cuidado y luego pasé un dedo entre sus labios.
Sus ojos se abrieron de par en par. La miré inquisitivamente. „¿Desagradable?“, le pregunté. Ella negó con la cabeza. „No, en absoluto“, susurró muy suavemente. Incliné la cabeza hacia ella, inhalé su aroma; un olor ligeramente dulce se derramó en mi nariz. „No tienes que tener miedo“, susurré y ahora pasé mi lengua por su denso bello hasta sus labios. Suavemente los lamí. Ella inmediatamente se retorció y se enderezó. "Hm", dijo ella, "es maravilloso lo que haces”. Ahora me volví un poco más exigente y empujé mi lengua más y más en su entrada, que parecía muy estrecha.
„Oh, sí, esto es mejor de lo que pensaba, siga, siga…", gemía Fatima mientras yo acariciaba su pecho derecho y jugaba con su pezón. Me acarició la cabeza y se relajó visiblemente.
„Ahh...“, gimió, pero no era dolor. Su lujuria aumentó y pude sentir eso en mi lengua y olerlo en mi nariz. Ahora no solo olía a tarta, sino que ahora era el aroma de esa rosa, el aroma de su grieta húmeda que se abría más.
Mi polla estaba dura, pero tuve que tomarme más tiempo. Me acerqué a su boca con su jugo en mi lengua y la besé tiernamente. Luego me besó salvaje y apasionadamente.
„Por favor, sigue…“. Puse mi cara entre sus muslos y la lamí extensamente, por todas partes. Meti mi lengua en la pequeña abertura, su entrada al paraíso, y lamí su clítoris.
Fátima respiraba con dificultad y su pelvis se movía cada vez más violentamente. Entonces le dije: „Vamos a cambiar de posición, pero cuida mi polla, que no se baje“. Ella estaba muy feliz de seguir mi orden, podía sentirlo; tomó mi polla dura y palpitante en su mano y la frotó. Me tumbé en el sofá y ella se arrodilló a la altura de mi miembro y lo frotó una y otra vez. „También puedes llevártelo a la boca y probarlo si quieres“, le susurré. Y sus labios sensuales voltearon mi estaca.
Me miró inquisitivamente mientras chupaba y jugaba con mi polla. „Para, para…“, dije en voz baja, „o me corro. Fátima, ahora toma del bolsillo de mi pantalón un condón y lo pones sobre mi polla, luego lo desenrollas hasta el fondo”.
Ella hizo lo que le mandé. Una vez acabada, me miro. „Ahora te sientas encima de mí, con tu paraíso sobre mi polla. Muy despacio y con cuidado. Si duele demasiado, te detienes. Se subió de nuevo al sofá, se arrodilló de modo que mi erección estaba ahora en su entrada y bajó lentamente la pelvis poco a poco. De repente sentí sus labios cálidos, incluso calientes, acariciando mi glande.
Hizo una pausa por un momento, luego profundizó aún más y con una mano colocó mi polla espasmódica en su entrada, bajando aún más. Entonces sentí que ella continuaba y hubo resistencia. Su rostro

se torció un poco de dolor. Luego bajó de golpe su coño sobre mi miembro.
„Ohhh Dios! Esto es tan hermoso. “Puedo sentir tu polla dentro de mí y la siento pulsar”. Gimió de gusto.
Metí mi mano entre sus piernas y empecé a acariciar su clítoris. Los ojos de Fátima se abrieron. “¡Ohhh, eso se siente fenomenal, eso es realmente genial!” gritaba bajo éxtasis. “No te detengas. Sigue… sigue…”
“Psssst, ¡no tan fuerte!”, le dije y se llevó una mano a la boca. Luego automáticamente se movió hacia arriba y hacia abajo, quedando atrapada en su lujuria. Sentí que los músculos vaginales de Fátima se contraían en ondas.
“Yaaaa… siiiii… qué hermoso… no aguanto maasssss…” Gritaba como histérica.
“Psssst, no chilles así”, y de nuevo ella se llevó la mano a la boca. Ella continuó moviéndose hacia arriba y hacia abajo y se volvió más salvaje y violenta; ahora mi polla desaparecía por completo en su gruta de placer.
En el momento que se vino, ella gimió y gimió llevándose de nuevo la mano a la boca. En ese momento, en chorros palpitantes salió mi semen en el condón.
Ella me besó y me dijo: “Gracias, gracias por la maravillosa experiencia, eres un gran hombre y un buen maestro. Nos quedamos así un rato y una y otra vez me besó suavemente. Su cuerpo era pura lujuria, sus labios tan suaves, tan sensuales, era simplemente perfecta. Por fin se levantó de mí. Un poco de sangre corría por sus muslos mezclada con sus jugos de placer.
También el condón estaba manchado de sangre. Me levanté rápidamente y limpié todo con papel. Ella aceptó los pañuelos que le ofrecí y se limpió igualmente. Luego puse todo en un sobre y lo puse en mi maletín; tenía que deshacerme de ello.
Fátima se vistió, me sonrió una y otra vez y cuando finalmente salimos de mi oficina, me dio un tierno beso en los labios.
“Esto es todo, esto es todo lo que puedo hacer”, dije. Me sonrió con sus hermosos ojos y nos dijimos adiós.
Las siguientes transcurrieron con normalidad. Un viernes terminamos alrededor de las 15.00 horas y todos los alumnos se despidieron. Fátima fue la última.
“Tengo que hablar con usted en privado, ¿podemos ir a su oficina?”, preguntó. Asentí con la cabeza, pero no me sentía cómodo en absoluto. Abrí la puerta y me senté en mi escritorio. Fátima cerró la puerta y echó la llave. La miré perplejo; luego ella corrió hacia mí y me echó los brazos al cuello.
“¡Funcionó, funcionó! Le dije a mi madre el miércoles que ya no soy virgen; ella no quería creerlo, inmediatamente me llevó al médico y, una vez confirmado, comenzó a llorar. En casa me preguntó quién era el sinvergüenza que había deshonrado a su hija. Le dije que no podía decirlo exactamente, que había sucedido en una fiesta poco antes y que no conocía al tipo en absoluto. Luego maldijo y maldijo al tipo. Por la noche se lo contó a mi padre, que me regañó en voz alta y me dio una sonora bofetada en la cara. Me dijo de todo. Puta, arrastrada y más cosas. Al día siguiente llamó a mi prometido, le dijo lo que pasó y que si aún me aceptaba. En su rostro noté que me

había salvado, pero él me miró y me dijo que a partir de hoy no tenía hija y que había traído vergüenza a la familia, que no quería verme nunca más. Lloré, pero luego pensé que no era tan malo. Lo principal es que no tenía que casarme con este tipo". Al acabar de contar, me abrazó y me besó. Ahora que sabía qué tesoro se escondía bajo el abrigo, hizo que mi miembro resucitara.
Fátima también se dio cuenta de eso y se quitó el abrigo y el pañuelo en la cabeza. Al verla en ropa interior me emocioné aún más.
"Por favor, hagámoslo de nuevo, me encantó la primera vez". Me llevó al sofá, me hizo un gesto para que me sentara, se sentó en mi regazo y me besó apasionadamente. No pude evitarlo, le devolví los besos calientes y rápidamente nos pusimos realmente calientes. Fátima buscó a tientas mi cinturón, mi cremallera.
Luego cogió con su mano mi miembro y lo frotó. "Fátima, dijimos que solo una vez… no puedo…", pero mis palabras no fueron escuchadas en absoluto. Se quitó la ropa interior y volvió a sentarse encima de mí, apretando sus pechos contra mi cara. Sus pezones estaban duros y rígidos. Antes de pensar, tenía una teta en la boca. Mi polla estaba bombeando y ella literalmente me arrancó la ropa del cuerpo. Una vez que mi polla estaba completamente libre, puso su boca sobre el glande y chupó y chupó.
Cuando estuvo en su máxima grandeza, se levantó y hizo signos de sentarse sobre mí. "Espera", le dije, "no sin un condón". Ella se rió y me dijo: "Lo sé, tonto". Sacó un paquete de su abrigo, tomó un condón y lo colocó sobre mi barra. Luego montó a horcajadas y bajó lentamente sobre la polla rígida.
"Oh Dios… esto es lindo… se siente tan bien, cuánto lo anhelaba". Nos besamos salvaje y apasionadamente. Ella se movía arriba y abajo. Sus firmes pechos se balanceaban y yo lamía sus pezones alternativamente. De vez en cuando también los mordía con ternura. Esto la espoleó aún más y se movió más rápido y mi polla penetró más profundamente en su gruta de placer.
Su olor era seductor; la pureza y la lujuria estaban en el aire. Respiró más fuerte y más rápido. Con una mano abordaba su clítoris y al rato sentí que se acercaba su orgasmo. Rápidamente sostuve una mano frente a su boca. Respiraba con dificultad. Sentada en mi regazo, empalada por mi polla.
"Siiii… más… más… quiero terminar", gimió. "¡Por favor, fóllame! Fóllame como un hombre folla a una mujer. ¡Por favor, por favor!"
Nos levantamos y ella se acostó boca arriba en el sofá. Me arrodillé frente a su pelvis y ella sola abrió sus piernas lo mejor que pudo. Luego empujé lentamente mi lanza hacia ella y sus ojos se abrieron. "¡Oh Dios mío, esto es excelente, esto es maravilloso!".
Comencé lentamente con movimientos de empuje y fui profundizando empuje a empuje. Fátima puso los ojos en blanco en éxtasis; ahora había subido los muslos hasta el fondo y se había apretado las tetas con ellos. Estaba muy mojada y yo la empujaba muy fuerte y metía mi miembro rígido en su maravilloso cuerpo una y otra vez.
Ella gimió y gimió y luego llegó su clímax junto al mío. Luego me acosté encima de ella, temblando. Nos besamos una y otra vez y finalmente nuestros cuerpos sudorosos se soltaron. Luego nos vestimos sin decir una palabra.
„Fatima, si no puedes volver a casa, ¿dónde vas a ir?". Ella me miró

y contestó: „Aún no lo sé. ¿Tú no podrías darme un sitio donde quedarme, verdad?“
„Si me prometes no decirle a nadie nada, podrías quedarte conmigo“.
Ella me besó suavemente en los labios y me dijo: "Sabía que no me dejarías sola en la calle. ¡Además esta noche te pagaré el alquiler!“
Mientras se reía, me dio otro beso.